



V. HUGO
—♦—
RAYOS
Y
SOMBRA

PQ2289
R3
S6

R. C.



1020026598



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

RAYOS Y SOMBRAS

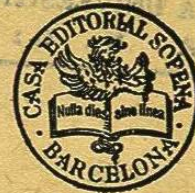
BIBLIOTECA DE GRANDES NOVELAS

VICTOR HUGO

RAYOS Y SOMBRAS
CANTOS DEL CREPÚSCULO
VOCES INTERIORES
HOJAS DE OTOÑO

TRADUCCIÓN DE

PEDRO PEDRAZA y PAEZ



BARCELONA
RAMÓN SOPENA, EDITOR
PROVENZA. 93 a 97

099348

30323

843
H.

PQ 2289

R3

56



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

DERECHOS RESERVADOS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Ramón Sopena, impresor y editor, Provenza, 93 a 97.—Barcelona

RAYOS Y SOMBRAS

PREFACIO

Un poeta escribió el *Paraiso* el teatro, tanto por el pensamiento, como por medio del corazón. Otro poeta escribió las *Tinieblas*.

Entre el Edén y las Tinieblas media un mundo; entre el principio y el fin media la vida; entre el primer hombre y el último media el hombre.

El hombre existe de dos maneras: según la sociedad y según la naturaleza. Dios pone en él la pasión, la sociedad pone la acción, y la naturaleza la fantasía.

De la pasión combinada con la acción, esto es, de la vida en el presente y de la historia en el pasado, nace el drama. De la pasión combinada con la fantasía nace la poesía propiamente dicha.

Cuando la pintura del pasado descende hasta los detalles de la ciencia, cuando la pintura de la vida descende hasta las delicadezas del análisis, el drama se trueca en novela. La novela no es otra cosa que el drama desarrollado en mayores proporciones que en

to, como por medio del corazón.

Sin embargo, existe el drama en la poesía y existe la poesía en el drama. El drama y la poesía se compenetran como todas las facultades en el hombre, como todos los rayos en el universo. La acción tiene momentos de fantasía. Macbeth dice: «El vencejo canta en lo alto de la torre.» El Cid dice: «Esta obscura claridad que cae de las estrellas.» Scapin dice: «El cielo se ha disfrazado esta tarde de Escaramuccio.» Nadie puede dejar de ver en el mundo ni el cielo azul, ni los árboles verdes, ni la noche sombría, ni el silbido del viento, ni el trinar de los pájaros. Ninguna criatura puede substraerse de la creación.

Por su parte, la fantasía también tiene momentos de acción. El idilio en Gallus es patético como un acto quinto; el cuarto libro de la Eneida es una tragedia, y Horacio tiene una oda que Molière ha convertido en come.

dia: *Donec gratus eram tibi*, es en nuestros días grandes y nobles poetas, que intervenían personal y directamente en las agitaciones cotidianas de la vida política. Pero, a nuestro juicio, un poeta completo, que el acaso o su voluntad le hubieran separado de ellas, al menos por el tiempo necesario, preservándole durante ese tiempo del contacto inmediato con los gobiernos y con los partidos, podría producir también una obra grande.

Todo se completa, todo se acopla y se fecunda por este acoplamiento. La sociedad se mueve dentro de la naturaleza, y la naturaleza envuelve a la sociedad.

El poeta dedica uno de sus ojos a la humanidad y el otro a la naturaleza: el primero de estos ojos se llama observación y el segundo imaginación. De la doble mirada fija siempre en un doble objeto nace en el fondo del cerebro del poeta la inspiración una y múltiple, simple y compleja, que se llama genio.

Apresurémonos a declarar desde ahora, que en todo lo que el autor de este libro acaba de decir como en lo que dirá luego, no ha querido hacer referencia a sí mismo. El humilde y severo artista debe tener el derecho de explicar el arte con la cabeza desnuda y los ojos bajos. Por desconocido e insuficiente que sea, no puede prohibírsele, ante las puras y eternas condiciones de la gloria, esta contemplación, que constituye su vida. El hombre respira, el artista aspira. Por otra parte, no hay ningún pobre pastor que, embriagado con el aroma de las flores y deslumbrado por la luz de las estrellas, no haya exclamado, al menos una vez en su vida, al bañar sus pies desnudos en el arroyo, donde abrevan sus ovejas: «¿Quisiera ser emperador!»

Dicho esto continuemos.

Obras inmortales han escrito

en nuestros días grandes y nobles poetas, que intervenían personal y directamente en las agitaciones cotidianas de la vida política. Pero, a nuestro juicio, un poeta completo, que el acaso o su voluntad le hubieran separado de ellas, al menos por el tiempo necesario, preservándole durante ese tiempo del contacto inmediato con los gobiernos y con los partidos, podría producir también una obra grande.

Ninguna sujeción, ninguna cadena; sería libre en sus ideas y en sus actos; en su benevolencia para con los que trabajan, en su aversión para los que perjudican, en su amor para los que sirven y en su piedad para los que sufren. Sería libre para obstruir el camino a todas las mentiras, de cualquier parte y de cualquier partido que viniesen; libre de uncir los principios que empantan los intereses, libre para proteger a todas las miserias, libre para arrodillarse ante todos los acontecimientos. Aunque odiase al rey no dejaría de amar al pueblo, ni injuriaría a las dinastías reinantes para consolar a las dinastías caídas, ni ultrajaría a las razas muertas, simpatizando con los reyes del porvenir. Viviría en la naturaleza y con la sociedad. Siguiendo su inspiración, sin más objeto que pensar y obligar a pensar, con el corazón lleno de efusión y la mirada preñada de paz, iría a visitar a su tiempo a la primavera en los prados, al prin-

cipe en el Louvre, al proscrito que descansa el mundo desde en la cárcel. Cuando vituperase Adán y Eva: la paternidad y la maternidad. En fin, realzaría en aquí o allá una de las leyes de todas partes la dignidad de la los códigos humanos, se sabría criatura humana, probando que que pasa los días y las noches estudiando las cosas eternas en el fondo de todos los hombres, el texto de los códigos divinos. por malvados que sean, Dios ha Nada le perturbaría en su profunda y austera contemplación, desde las alturas puede reavivar, ni el paso ardiente de los acontecimientos públicos, porque se chispa que la ceniza no oculta los asimilaría y les daría su significación en su trabajo; ni la vecindad accidental de dolores privados, porque el hábito de pensar nos dota de facilidad para consolar; ni la conmoción interior de sus sufrimientos personales, porque al través de nuestras aflicciones entrevemos a Dios, y después de llorar, meditaría.

En sus poemas consignaría consejos para los tiempos presentes, fantásticas inquisiciones sobre el provenir: el reflejo, ya deslumbrador, ya siniestro, de los sucesos contemporáneos. Hablaría de los panteones, de las tumbas, de las ruinas, de los recuerdos; de la caridad para con los pobres, de la ternura para con los miserables, de las estaciones, del sol, de los campos, del mar, de las montañas; miraría furtivamente al santuario del alma, en el que se perciben sobre misterioso altar como por la puerta entreabierta de una capilla, las hermosas urnas de oro que encierran la fe, la esperanza, la poesía y el amor; haría, finalmente, la profunda pintura del yo, que es la obra más amplia, más general y más universal que el pensador puede realizar.

En sus dramas, verso y prosa, en sus comedias y novelas, intervendrían la historia y la invención, la vida de los pueblos y la vida de los individuos, las enseñanzas que se desprenden de los crímenes de los reyes, como de las tragedias antiguas, y la útil pintura de los vicios populares, como en la antigua comedia. Velandos de propósito las excepciones vergonzosas, inspiraría veneración a la ancianidad, pintando a la vejez cada día más grande; inspiraría compasión hacia la mujer, presentándola siempre débil; inspiraría el culto a las afecciones naturales, demostrando que hay siempre algo sagrado, divino y virtuoso en los dos grandes sentimientos sobre Dios. En sus tragedias se oiría

cantar a los pajaros y se vería sufrir al hombre en sus paisajes. Nada más diverso, en apariencia, que sus poemas, que en el fondo tendrían unidad y coherencia. Su obra, considerada como síntesis, se parecería a la tierra; tendría producciones de todas clases, pero presidiría una sola idea a todas sus concepciones; produciría flores de todas las especies, pero sólo tendría una savia para todas las raíces.

Profesaría culto a la conciencia como Juvenal, el que noche y día sentía tener un testigo dentro de sí mismo, *nocte dieque sum gestare in pectore testem*; el culto al pensamiento como Dante, que dice que son los condenados «los que no piensan» *le gente dolose ch'anno perduto il ben del intelletto*; el culto a la naturaleza como San Agustín, que sin temer ser declarado panteísta, llama al cielo «una criatura inteligente»: *Caelum caeli creatura est aliqua intellectualis*.

Lo que conseguiría con el conjunto de su obra, con todos sus dramas, sus poesías y sus pensamientos amontonados, ese poeta, ese filósofo, ese espíritu, lo que conseguiría sería realizar la gran epopeya misteriosa, de la que cada uno de nosotros encierra un canto dentro de sí mismo, de la que Milton escribió el prólogo y Byron el epílogo: el poema del hombre.

Esta vida imponente del artista civilizador, este vasto trabajo

de filosofía y de armonía, este ideal del poema y del poeta, tiene derecho a proponérselo todo pensador como objeto, como ambición, como principio y como fin. El autor de este libro ha dicho ya en otra parte y más de una vez, que es uno de los que lo intentan con perseverancia, con conciencia y con lealtad. Nada más. No deja correr a la ventura lo que han dado en llamar su inspiración; se dirige incesantemente hacia el hombre, hacia la naturaleza y hacia Dios. Cada obra nueva que produce levanta más el velo que oculta su pensamiento, y quizá los espíritus reflexivos habrán echado de ver la unidad que preside a la colección de sus obras que a primera vista parecen aisladas y divergentes.

Piensa el autor que el verdadero poeta, independientemente de los pensamientos que le sugiere su propia organización y de los que le sugiera la verdad eterna, debe contener la suma de las ideas de su tiempo.

Respecto a este volumen de poesías que publica ahora, hablará poco. Lo que quisiera que fuese lo ha dicho en las líneas precedentes; lo que sea realmente podrá apreciarlo el lector.

No hablará el autor del estilo ni de la forma de este volumen, porque los que acostumbran a leer lo que él escribe saben desde hace largo tiempo que admite algunas veces y en ciertos casos la vaga semiluz en el pensamien-

to, pero que casi nunca la admite en la expresión. Sin desconocer el mérito de la elevada poesía del Norte, representada en Francia por admirables poetas, su gusto literario le hace preferir la forma meridional y exacta. Es apasionado del sol; la Biblia es su libro; Virgilio y Dante son sus divinos maestros. Es un poeta cuya infancia sólo ha sido una larga fantasía interpolada con estudios exactos, y esta infancia es la que ha formado su espíritu co-

mo es hoy. No comprende que haya incompatibilidad entre lo exacto y lo poético. El número existe en el arte lo mismo que en la ciencia. El álgebra entra en la astronomía, y la astronomía es del dominio de la poesía; el álgebra entra en la música, y la música es del dominio de la poesía. El espíritu del hombre posee tres llaves que lo abren todo: el número, la letra y la nota. Saber, pensar, imaginar. Esto es todo.

4 de Mayo de 1840.